

El silencio de los adolescentes

Nos encontramos ante la juventud más pretendidamente autónoma de todos los tiempos... El adolescente y joven español construye su identidad teniéndose a sí mismo como modelo porque no hay otra referencia que le satisfaga ni le dé identidad, consistencia y seguridad.

Francisca Calderón Cabezas
SOLITEC.



Este artículo está basado en el libro de Javier Elzo *El silencio de los adolescentes: lo que no cuentan a sus padres*, de la editorial Temas de Hoy. El autor, sociólogo, catedrático en la Universidad de Deusto y padre de familia, analiza la situación y la visión del mundo de los jóvenes y adolescentes españoles entre los 15 y los 24 años de edad, así como la de sus padres y familias, partiendo de un gran estudio con más de 4000 entrevistados. Incorpora los testimonios directos de más de 60 chicos y chicas que hablan con otros adolescentes (los entrevistadores) con el fin de conseguir la espontaneidad, frescura y sinceridad que no se conseguiría en una conversación con un adulto. Todo ello aderezado con una serie de tablas estadísticas muy esclarecedoras.

La obra está dividida en dos partes: «Los silencios» y «Señas de identidad». En la parte primera hace un exhaustivo análisis de los prototipos tanto de figura paterna como materna actuales, partiendo de la tesis de que *la relación de pareja es antecedente a la construcción de la familia propiamente dicha*: el padre y la madre ausentes, el padre que mira a otro lado, el padre y la madre confidentes, amigos, cómplices, el padre superprotector, el padre que provoca pena, la madre humillada, el padre-padre y la madre-madre. A continuación expone qué es lo que los adolescentes no cuentan en sus casas: sus relaciones sexuales, el uso del tiempo libre (tendencia hacia la uniformización de gustos y hábitos de ocio estandarizados: ocio relacional o expansivo-extradoméstico nocturno y de fin de semana, y el individual-doméstico relativo a los medios de comunicación) analizado como un fenómeno de generación y no como exclusiva característica de los adolescentes, la influencia del grupo de amigos, las malas notas, el consumo de alcohol y drogas, los pequeños hurtos, etc. *Jóvenes que se divierten al margen de la sociedad, que no forman parte del diálogo social, del intercambio vital con gentes de otras edades... pasan esos años de su vida fuera de la sociedad.*

En la parte segunda analiza cuáles son las señas de identidad de nuestros adolescentes y jóvenes de hoy día. Una heterogénea realidad juvenil reflejo de la sociedad en que vivimos. Nos encontramos ante la juventud más pretendidamente autónoma de todos los tiempos: la creación de sus sistemas de valores, cosmovisiones y normas

se hacen mucho más a través de la experimentación en el grupo de amigos que bajo el modo de reproducción crítica de lo transmitido por la escuela, la Iglesia, los partidos políticos, los sindicatos o los medios de comunicación social. El adolescente y joven español construye su identidad teniéndose a sí mismo como modelo porque no hay otra referencia que le satisfaga ni le dé identidad, consistencia y seguridad.

El autor establece una tipología de jóvenes donde se ha privilegiado su universo de sistemas de valores. Se rige por cuatro cuestiones básicas:

- Importancia dada a una serie de aspectos claves en su vida: familia, trabajo, amigos, ganar dinero, política, religión, etc.
- Niveles de justificación de una serie de comportamientos: tomar drogas, aborto, eutanasia, causar destrozos en la calle, aventuras extramatrimoniales de sus padres, etc.
- Niveles de confianza en las instituciones: grandes empresas, prensa, policía, justicia, enseñanza, organizaciones de voluntariado, etc.
- Actividades realizadas en su tiempo libre.

Así resultan cinco tipos de jóvenes:

- El anti-institucional (5,06%).
- El altruista-comprometido (12,22%).
- El retraído social (28,37%).
- El institucional ilustrado (29,67%).
- El libredisfrutador (24,68%).

Los grupos tercero y cuarto son los modelos emergentes de las nuevas generaciones. Los ejes que atraviesan sus sistemas de valores son el institucional-antisistema o ácrata, y el religioso (*light*), laico o secular.

Por encima de esta tipología, éstas son las características de nuestros jóvenes:

- Valoran por encima de todo lo próximo, lo cercano, lo local, la pequeña historia, en lugar del proyecto de futuro, del gran relato y de las grandes cuestiones sociales y políticas.
- Han dejado de lado no sólo toda ínfula revolucionaria, sino también las demandas de integración social: sencillamente se saben dentro, aunque apartados.
- Son apolíticos. No quieren otra revolución que la de todos los días, la que les haga sentirse mejor en su piel, más cómodos y felices.
- Son presentistas: el aquí y el ahora.
- No aceptan las injusticias, pero se implican de forma distanciada respecto de los problemas y causas que dicen defender.

- Son tantos los violentos como los violentados: en lugares de ocio-diversión, en la familia o en la escuela.
- En ellos hay un hiato entre los valores finalistas (libertad, solidaridad, apertura de espíritu...) y los instrumentales (responsabilidad, compromiso, participación, abnegación, el trabajo bien hecho, el esfuerzo...): *la escasa articulación entre ambos valores pone al descubierto la contradicción de muchos de ellos para mantener un discurso y una práctica con una determinada coherencia y continuidad temporal, allí donde se precisa un esfuerzo cuya utilidad no sea inmediatamente percibida.*
- Son cada vez menos religiosos. La pregunta religiosa ha desaparecido de su horizonte vital.
- Tienen unos equipamientos materiales como ninguna otra generación y grandes posibilidades de estudio a bajo costo.
- Se sienten y dicen libres, pero no lo son, a pesar de tener tantas posibilidades de ser autónomos.

Para poder entender este universo de valores es preciso saber dónde se educan nuestros adolescentes y jóvenes, cuáles son sus ámbitos de socialización. En las encuestas respondieron a la pregunta de dónde pensaban que se dicen las cosas más importantes en cuanto a ideas e interpretaciones del mundo. Y éstas fueron las respuestas:

1.º La familia (54%). Son los jóvenes europeos que más tarde abandonan el hogar familiar. Los temas de discusión más habituales en los hogares, derivados del hecho de una prolongada cohabitación, denotan la demanda de autonomía de los jóvenes, no en el campo de las grandes ideas y concepciones del mundo y de la sociedad, sino en la gestión de su vida cotidiana. En el seno familiar hay poco intercambio de contenidos temáticos; no hay adoc-trinamiento y las conversaciones de los padres con los hijos se mueven entre la excepcionalidad y la banalidad.

La matriz del autoritarismo de los padres estaría en la impotencia más que en la prepotencia de los padres. Una impotencia que se manifiesta cuando en el hogar domina la anomia (dificultad de proporcionar a los hijos criterios normativos seguros y estables; unos valores sociales, que al tiempo sean abiertos y eficaces para desenvolverse en las condiciones reales de existencia).

2.º El grupo de amigos (47%). Avanza su importancia como elemento socializador.

3.º Los medios de comunicación social (34%). Su influencia no hay que verla tanto en el campo ideológico, de control, sino en lo más banal, los programas de diver-

CRISIS DE LA FAMILIA

sión, por la capacidad que tienen de mantener entretenidas a las personas, fuera del circuito de las decisiones o de las preguntas comprometidas.

4.º Los libros (20%).

5.º Los centros de enseñanza (19%). Su escasa capacitación para ser agentes de socialización se debe a diversos factores: la obligatoriedad, la inadecuación de la enseñanza, al modo tradicional, en una sociedad de la imagen, la escasa oferta de la FP, el despropósito de las materias que se les obliga a estudiar, la no correspondencia entre los valores propugnados en los idearios escolares y la realidad, la competitividad, la imagen del profesor como mero enseñante y no como maestro, la del alumno como cliente, etc.

6.º La Iglesia (3%). Se apunta la gran fragilidad de la Iglesia católica en sus relaciones con el mundo juvenil y el proceso de rápida y profunda secularización de la sociedad española en los últimos 40 años.

Con este análisis de la realidad, el autor llega a esta serie de conclusiones:

- Estamos ante una juventud que, aunque se dice feliz, está anímicamente sola.
- No es cierto que los jóvenes hablen menos que en épocas anteriores con sus padres, ni que la televisión impida la conversación familiar.
- Nunca adolescencia alguna ha sido objeto de tantas atenciones como la actual.
- Nunca los padres han sido requeridos, solicitados, culpabilizados como ahora en lo referente a la educación de sus hijos. Sufren una gran presión externa y eso ha sido motivo principal para el descenso de la natalidad.
- Los hijos han crecido en un marco de meros sujetos de derechos y sus padres se ven como meros su-

jetos de deberes para con aquéllos. Los hijos, de tanto ser mirados, estudiados, analizados y protegidos han acabado situándose en el pedestal en el que nosotros, los adultos, les hemos erigido. Pedestal alto y de base estrecha, desde el que miran más hacia abajo que hacia el horizonte.

- Cuando no hay una comunicación sostenida y cotidiana, el nivel de la misma se caracteriza por los extremos: o superficial o agónica. Falta la comunicación prolongada y fluida, de cierta profundidad y sosiego. Las reacciones demasiado acaloradas son contraproducentes, pero tampoco se trata de no decir o no hacer nada. Hay que sugerir caminos, saber preguntar sabiendo cuándo hay que hacerlo, saber decir no, enmendar yerros, apoyar, animar, empujar, realzar y valorar sus iniciativas cuando sea preciso.
- La socialización se hace hoy más por actitudes vitales que por discursos ideológicos. La forma de aprehender la realidad por nuestros jóvenes es más visual y testimonial que razonada y leída.
- Es la ausencia de la práctica reflexiva la que dificulta la transmisión de valores en el seno de la familia, la que explica el hiato entre la asunción de los valores finalistas y la dificultad de transformarlos en comportamientos durables, porque no se han adquirido los valores instrumentales sin los cuales los valores finalistas no pasan de ser un discurso políticamente correcto, un humanitarismo indoloro, una emoción pasajera, un compromiso puntual. Los valores instrumentales resultan imposibles de trasladar y de asimilar sin un proceso de reflexión, de duda, de búsqueda sostenida, hasta de la necesaria revuelta juvenil razonadamente gestionada y superada. Estos valores no están de moda.
- Sin los valores instrumentales la consecución de los valores finalistas es imposible.

La matriz del autoritarismo de los padres estaría en la impotencia más que en la prepotencia de los padres. Una impotencia que se manifiesta cuando en el hogar domina la anomia.
